

© Los Autores:
José Ramón Alonso
Teresa Cucala

© Next Door Publishers
Primera edición: noviembre 2021

ISBN 978-84-123555-7-4
DEPÓSITO LEGAL: DL NA 1702-2021

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Next Door Publishers S.L.
c/ Emilio Arrieta, 5, entlo. dcha., 31002 Pamplona
Tel: 948 206 200
info@nextdooreditores.com
www.nextdoorpublishers.com

Impreso por Gráficas Alzate
Impreso en España
Diseño: Ex. Estudi
Editor: Oihan Iturbide
Corrección: NEMO Edición y Comunicación
Tipografía: Flecha diseñada por Rui Abreu

Esta obra ha contado con una subvención del Gobierno de Navarra concedida a través de la convocatoria de Ayudas a la Edición del Departamento de Cultura, Deporte y Juventud.



Gobierno de Navarra
Nafarroako Gobernua

A Irene,
porque el siglo XXI es suyo

Índice



Presentación	9
Una de los «justos»: IRENA SENDLER	10
Cruzando los cielos: AMELIA EARHART	20
La lucha por los derechos civiles: ROSA PARKS	30
La ciencia y la investigación: MARIE CURIE	38
La conquista del voto: EMMELINE PANKHURST	48
La educación moderna: MARÍA DE MAEZTU	56
La mujer árbol: WANGARI MAATHAI	64
El estudio y la sabiduría: BEATRIZ GALINDO	74
La conquista del espacio: VALENTINA TERESHKOVA	84
Cuidar al enfermo: FLORENCE NIGHTINGALE	94

Salir de la oscuridad: HELEN KELLER	106
La defensora de los vulnerables: CONCEPCIÓN ARENAL	118
Miles de millones de dólares: SHERYL SANDBERG	128
Dignidad y espiritualidad: AUNG SAN SUU KYI	140
La gacela de Constantina: HASSIBA BOULMERKA	148
Rehabilitando el alma: INGE GENEFKE	154
Las voces de Dios: JUANA DE ARCO	162
Una moda para una nueva mujer: COCO CHANEL	172
La mujer herida: FRIDA KAHLO	182
Nuestros parientes no humanos: JANE GOODALL	192



José Ramón Alonso

José Ramón Alonso es catedrático de Biología en la Universidad de Salamanca, de la que ha sido rector. Es autor de cuarenta y un libros, treinta y dos capítulos de libro y más de ciento sesenta artículos científicos en las principales revistas internacionales de su especialidad, la neurociencia. Ha recibido numerosos premios tanto de investigación, como de divulgación científica y literarios. Escribe frecuentemente sobre ciencia y el mundo universitario en prensa española (*El País*, *ABC*, *El Mundo*, *Expansión*...). Trabaja también como consultor internacional y ha recibido doctorados *honoris causa* de universidades de Perú, Bolivia y Colombia. 



Teresa Cucala

Con alma de *collage*. Empezó su camino en el mundo del arte cuando por azar, en el año 2012, una galerista vio su obra y le propuso su primera exposición. Desde entonces ha participado en numerosas exposiciones tanto individuales como colectivas y ha expuesto en ferias de arte nacionales e internacionales.

Su técnica principal es tanto el collage analógico como el digital. Sus obras son atemporales y, principalmente, giran en torno de la figura femenina, protagonista de las creaciones de fondos con diferentes texturas, combinándola con otros elementos de la naturaleza como flores y animales. 

Presentación

El objeto de este libro es contar la vida y obra de veinte mujeres de distintas épocas y culturas, de distintas realidades sociales y vitales, que, tras superar las ideas imperantes en su entorno acerca del papel de la mujer en la sociedad, contribuyeron de un modo esencial a la mejora del mundo y reivindicaron, con su compromiso y su fuerza, con su liderazgo y su valor, la capacidad del ser humano para ser quien desee y cumplir sus sueños.

El libro muestra perfiles verídicos, no figuras idealizadas. Sus protagonistas tienen defectos, cometen errores, sostienen opiniones que en ocasiones entran en conflicto con nuestra mentalidad actual. No puede ser de otra manera: son mujeres de su tiempo, testigos y actrices de su época. Y sin embargo, ese es uno de los factores más atractivos: no son figuras ideales, sino mujeres reales que no aceptaron las convenciones sociales, que siguieron su vocación, la llamada de un ideal, su pasión, su verdad. Contar algo de sus desaciertos las hace más humanas y, por lo tanto, mejores.

En todos los capítulos he intentado conservar su voz, transcribir sus palabras, para que tú, lector o lectora, conozcas con la mayor fidelidad posible cómo sentían, cómo pensaban, cuáles eran sus esperanzas y sus temores. Volver a escucharlas nos trae de vuelta a aquellas que ya no están entre nosotros y proyecta aún más lejos el mensaje de las que todavía siguen presentes.

Algunos de los nombres son escasamente conocidos, mientras que otros nos resultan muy familiares, pero incluso en los casos más populares merece la pena tratar de profundizar en sus vidas, para poder comprender así sus motivaciones y el carácter de los desafíos que afrontaron. También porque a veces su imagen pública no se corresponde con la realidad.

El libro está pensado para adultos, pero también para jóvenes, tanto para ellas como para ellos. El mensaje, para ambos, es que no hay ningún éxito imposible de alcanzar, no importa el género, que la historia es un libro abierto y que el próximo capítulo está por escribirse. 



Una de los «justos»: *Irena Sendler*

Hay personas que son conocidas a lo largo de sus vidas por distintos nombres. Irena Sendler, también llamada Irena Sendlerova, nació con el nombre de Irena Krzyżanowska, un apellido difícil de pronunciar. En cualquier caso, es posible que nunca hayas oído ninguno de sus tres nombres. Nunca contó a nadie lo que había hecho, su historia es conocida solo en su país natal, entonces el Imperio ruso y hoy Polonia, y el régimen comunista que gobernó ese país durante cuarenta y cuatro años no tenía demasiado interés en airear mucho su obra. No les gustaba hablar de historias de judíos en la Segunda Guerra Mundial, donde hubo tantas complicidades infames y, además, Sendler había sido socialista, algo difícil de asumir por el régimen comunista y aquel Gobierno de partido único. Pero estoy convencido de que merece la pena que conozcas su historia y que te va a gustar.

El resumen es sencillo: Irena Sendler salvó la vida a dos mil quinientos niños, uno a uno.

Es posible que sí conozcas el nombre de Oskar Schindler, el industrial alemán que puso a salvo a mil judíos en la época del Holocausto y que es el protagonista de la película *La lista de Schindler*. Irena está, como mínimo, a su altura, y quizá solo falta un Spielberg que le haga ser conocida universalmente. Este es el relato de su historia.

Irena era trabajadora social en Varsovia. Cuando los nazis invadieron Polonia, en 1939, estaba contratada en el Servicio de Bienestar Social, una

agencia oficial que se encargaba, entre otras cosas, de los comedores de la beneficencia. Eran como los comedores sociales que conocemos actualmente, y ahí se atendía a los más pobres, los sintecho, los más necesitados.

Tras la ocupación, los nazis iniciaron, con una brutalidad incluso mayor de lo habitual, la destrucción de la comunidad judía de Varsovia. Hartos de las dificultades para controlar a este grupo de la población en un entorno urbano, los ocupantes alemanes idearon uno de sus monstruosos experimentos: crear una reserva, un campo de concentración en el medio de la ciudad: el «gueto de Varsovia». Unos cuatrocientos mil judíos polacos fueron encerrados en un espacio minúsculo —3,4 km²—. Para que te hagas una idea, el 30 % de la población de Varsovia se confinó en un 2,4 % de las casas de la ciudad, con lo cual, donde antes vivía una familia, ahora vivían diez. De las personas allí internadas, cientos y luego miles empezaron a morir a causa de las balas alemanas, las enfermedades y el hambre. Se estima que la ración diaria de comida era de 2614 calorías para los alemanes, 1699 para los polacos gentiles y 186 para los judíos del gueto.

Sin contar con los 254000 judíos que fueron enviados al campo de exterminio de Treblinka a lo largo del verano de 1942, y los miles que murieron durante el heroico levantamiento del gueto en mayo de 1943, se calcula que unas trescientas mil personas fallecieron entre los muros de ese trozo de ciudad.

Irena, que era católica, pronto comenzó a tratar de ayudar a los judíos, haciéndoles llegar alimentos, medicinas y otros enseres. Las enfermedades infecciosas no respetan alambradas ni muros de piedra. Uno de los miedos de los ocupantes nazis era que las terribles circunstancias del gueto favorecieran la aparición de epidemias, y que estas se extendieran por toda la ciudad, e Irena decidió aprovechar esa circunstancia. Lo contó así:

Conseguí, para mí y mi compañera, Irena Schultz, identificaciones de la oficina sanitaria, una de cuyas tareas era la lucha contra las enfermedades contagiosas. Más tarde tuve éxito en conseguir pases para otras colaboradoras. Como los invasores alemanes tenían miedo de que se desatara una epidemia de tifus, toleraban que los polacos controláramos el recinto.

De esa forma, los administradores alemanes dejaban que los trabajadores y médicos polacos atendieran a los enfermos y se deshicieran de los

cadáveres. Un médico le consiguió un título falso de enfermera y así Irena pudo moverse libremente por las calles del gueto. Para pasar desapercibida, y también como gesto de solidaridad, llevaba en la manga un brazalete con la estrella de David, la identificación obligatoria que debían llevar todos los judíos bajo pena de muerte. Mientras iba de una zona a otra, veía gran cantidad de niños y empezó a plantearse la necesidad de ayudarlos a escapar de aquella cárcel, pues, aunque ella les llevase comida o dinero, la única esperanza real de supervivencia se basaba en salir de allí.

Bajita, de ojos claros y mofletes de niña, Irena decidió jugarse la vida porque «su corazón le dijo que debía hacerlo». En una entrevista para un documental que le dedicaron muchos años después, contaba que eso era lo que le habían enseñado en casa. Cuando tenía siete años, recordaba, su padre fue el único médico que atendió a los enfermos en una epidemia de tifus. Acabó enfermando y murió, pero antes de fallecer le dijo a su hija: «Si ves a alguien que se está ahogando, no te paras a hacer preguntas, simplemente saltas a intentar salvarlo».

Cuando empezó a pensar cómo llevar a cabo su plan para salvar a los niños, Irena encontró todo tipo de resistencias. Su propia madre le decía: «¿Sacarlos fuera? ¿Es eso lo que estás pensando? ¿Esquivar a la Gestapo? ¿A los soldados alemanes? ¿A la policía judía? ¿Cómo es eso? Solo eres una trabajadora social».

Pero precisamente fueron su documentación y su experiencia como trabajadora social las que le facilitaron la posibilidad de coger a un niño del gueto, proveerle de documentación falsa, subir con él a un tren y llevarlo a un convento católico de clausura donde escondían a cientos de niños judíos. Si alguien les preguntaba, podía decir, y su trabajo lo confirmaba, que lo acompañaba a visitar a su familia en el campo.

Aprovechando los pases falsificados por Irena, los hombres de la Zegota —una organización clandestina liderada por el Gobierno polaco en el exilio y centrada en la ayuda a los judíos— entraban en el gueto para intentar convencer a las familias de que les dejaran llevarse a los niños. Muchas de ellas no quisieron separarse de sus hijos pequeños y fue letal para ellos. Irena, Jolanta en su nombre en clave, recordaba escenas duras: una madre que sí quería que sacaran a su hijo, pero cuyo marido se negó; una abuela gimiendo, aferrándose a su nieto, apenas un bebé, para que no se lo llevaran. La dureza de la incertidumbre, el miedo, el mal enfrentado con el amor a



«Allí estaba yo, una
extraña, pidiéndoles
que pusieran a su
hijo a mi cuidado.
Éllas preguntaban
si podía garantizar
su seguridad. Tenía
que contestarles que
no».



los hijos, el instinto de supervivencia frente al deseo de mantenerse todos juntos..., todo se mezclaba.

Irena se convirtió en la responsable de la división de niños de la Zegota, y coordinaba a decenas de mujeres y a unos pocos hombres. Al principio, llevaba a los niños en las ambulancias, falsificando un diagnóstico de tifus. Pronto aquello resultó demasiado limitado y empezó a sacarlos en las mismas ambulancias, pero metidos en sacos de patatas, en cestos, en cubos de basura, en cajas de herramientas, en ataúdes, en todo aquello donde pudiera caber un niño. A veces, los pequeños iban anestesiados o con un esparadrapo en la boca para que no lloraran de miedo y los descubriesen. También los colocaba en el doble fondo de vehículos y subía varios perros a estos para que, con sus ladridos, taparan cualquier ruido que pudieran hacer los niños ocultos. Sus compañeros y ella aprovecharon también el edificio de un tribunal municipal que estaba en una esquina del gueto y que, por ese motivo, tenía fachadas que daban tanto al exterior como al interior de ese grupo de calles, además de bastantes pasadizos. Los niños judíos iban allí vestidos con sus mejores galas y los sacaban por el otro lado. Los llevaban a una iglesia cercana, entraban en un confesionario y salían con papeles —fe de bautismo, certificado de primera comunión—, que atestiguaban que eran perfectos «catoliquitos».

Una vez fuera, empezaba otra parte del trabajo duro. Un grupo de «correos», muchachas adolescentes en su mayoría, recogía al niño, a veces un bebé, y lo llevaba a un alojamiento temporal. Ya tenían nuevos nombres y certificados de bautismo falsos. Rachela se convertía en Marysia, y su apellido dejaba de ser Goldberg para transformarse en Kowalska. La correo les hacía memorizar con rapidez canciones polacas, poemas y oraciones. A algunos niños cuyo aspecto se asemejaba demasiado al arquetipo semita se les vendaba la cabeza para poder trasladarlos de un lugar a otro. El cabello oscuro era teñido de rubio, y los niños varones eran vestidos como niñas para reducir la posibilidad de que la Gestapo quisiera comprobar si estaban circuncidados, una característica siempre presente en los judíos.

Irena también organizó una red de apoyo dentro del Servicio de Bienestar Social y consiguió tener a una persona implicada en cada uno de sus diez centros. Toda esta maquinaria administrativa le permitió dotar a los niños de documentación falsa, pero le preocupaba que perdieran su verdadera identidad, que su rastro se borrara en la vorágine de la guerra.

Para evitarlo, escribió un registro de sus historias donde figuraba su procedencia, su familia, su nuevo nombre y su destino, con la esperanza de que, pasada la guerra, pudieran recuperar lo que era suyo, su pasado, su familia, su identidad, a sus seres queridos. Y también para que las familias se reencontraran con los suyos.

Los nazis sospecharon de sus actividades. El propietario de una lavandería que servía como punto de encuentro dio, bajo tortura, su nombre. El 20 de octubre de 1943, los nazis la detuvieron y la llevaron a la prisión de Pawiak, donde fue brutalmente torturada. Le rompieron las piernas y los pies. Aun así, no delató a sus colaboradores ni el destino de los niños. Fue condenada a muerte. Ferviente católica, contó que en el colchón de la celda encontró una estampa de Jesús Misericordioso con esta corta frase: «Jesús, en ti confío». Se aferró a eso.

Un soldado alemán la sacó de la celda para llevarla a lo que denominó «interrogatorios adicionales». La condujo ante una puerta, la abrió y le dijo en polaco: «Corra». La resistencia polaca, la Żegota, había sobornado a los guardianes alemanes para salvar su vida. Al día siguiente, apareció su nombre en la lista de «criminales ejecutados» que publicaban los nazis. Durante el resto de la guerra se mantuvo oculta, con varios nombres falsos, pero siguió trabajando para salvar niños judíos, que eran alojados con familias polacas, en orfanatos o en conventos. Todo el mundo aceptaba que era un asilo hasta que terminase la guerra y que luego serían devueltos a sus familiares.

Un caso famoso es el de Elzbieta Ficowska. Salió del gueto oculta en un carramato cargado de ladrillos, tirado por un caballo. Tenía solo cinco meses y entre sus ropas su madre escondió una cuchara de plata con dos datos grabados: su apodo cariñoso, Elzunia, y su fecha de nacimiento, el 5 de enero de 1942. La niña fue criada por Stanisława Bussoldowa, una viuda católica que ayudaba a Sendler. Ya mayor, Elzbieta decía que había tenido una madre católica, Stanisława, y una madre judía, su madre biológica. Durante meses, su madre judía llamó por teléfono cada día a Stanisława para oír los balbuceos de su hija. Al cabo de un tiempo, las llamadas cesaron, pues los padres biológicos de la niña habían muerto en el gueto.

Irena era la única que sabía sobre todos los niños: su nuevo nombre, dónde habían ido y quién los había acogido. Su miedo era que a ella le pasase algo y aquellas historias y los rastros se perdieran. Cuando se

produjo el levantamiento del gueto de Varsovia, Irena escribió una larga lista con los datos de todos los niños, la metió en dos frascos de cristal y los enterró en el jardín de un vecino, debajo de un manzano. Cuando terminó la guerra, desenterró los botes y entregó la lista al doctor Adolf Berman, del Comité Central de Judíos Polacos. Desgraciadamente, muchos de los familiares de aquellos niños habían sido asesinados en el campo de exterminio de Treblinka y en otros lugares semejantes. Por ello a gran parte de aquellos huérfanos se les dio la oportunidad de reiniciar su vida en Palestina.

Cuando se le comentaba su heroicidad, Irena rendía tributo a las madres judías que aceptaron separarse de sus hijos durante la contienda para salvarles la vida, a las jóvenes correos y a las mujeres católicas que les dieron refugio y los trataron durante esos años como a sus propios hijos. Estas son también sus palabras: «Cada niño salvado con mi ayuda y la ayuda de todos los maravillosos mensajeros secretos que ya no viven en la actualidad, es la justificación de mi existencia en esta tierra y no un título glorioso».

En 1965, la organización Yad Vashem de Jerusalén le otorgó el título de «Justa entre las naciones», el reconocimiento otorgado a aquellos que ayudaron a los judíos en el momento más oscuro de la historia, y se la nombró ciudadana honoraria de Israel. Fue candidata al Premio Nobel de la Paz en 2007 —finalmente lo ganó Al Gore y su *PowerPoint*— y murió al año siguiente a los noventa y ocho años.

Una de las cosas bonitas de esta historia es que el descubrimiento internacional de la figura de Irena Sendler se debe en gran medida a un grupo de estudiantes de secundaria de Estados Unidos. El profesor de un instituto de bachillerato de Kansas les encargó a sus alumnos, como trabajo de fin de curso, realizar un estudio sobre algún aspecto del Holocausto. Para su sorpresa, uno de los grupos, compuesto por cuatro muchachas, encontró un nombre, Irena Sendler, con un dato: «salvó la vida a dos mil quinientos niños», y muy poco más. Ellas decidieron, y así lo hicieron, que era una vida y una obra que la gente debía conocer. La siguiente sorpresa la recibieron cuando, al indagar sobre la fecha de su fallecimiento y el lugar donde estaba su tumba, se encontraron con que aún vivía. Los muchachos del Instituto de Uniontown, en Kansas, hicieron una obra de teatro con su vida que se tituló *La vida en un bote*,

en recuerdo de esos dos botes de cristal que llevaban el listado de los dos mil quinientos niños arrancados de las garras de la muerte. Estas jóvenes pudieron visitar y conocer a Irena Sendler y esta historia, la que acabas de leer, empezó a conocerse fuera de Polonia.

Irena se enfadaba cuando la trataban como a una heroína y decía que ella era una pieza en una cadena de personas: los que los sacaban del gueto, los correos, las monjas, las familias polacas, todos jugándose la vida por un niño desconocido. Hablaba con cariño de todos ellos, recordaba a las monjas y cómo «jamás se negaron a acoger a uno de los niños que les llevaba». Y, sin embargo, insistía en que el mayor heroísmo era el de las madres que aceptaban separarse de sus hijos para intentar salvarles la vida. Estas son sus palabras:

Allí estaba yo, una extraña, pidiéndoles que pusieran a su hijo a mi cuidado. Ellas preguntaban si podía garantizar su seguridad. Tenía que contestarles que no. Algunas veces me daban a su hijo. Otras veces me decían que volviera más tarde. Volvía unos pocos días después y la familia ya había sido deportada.

El escritor y premio nobel de la paz Elie Wiesel, superviviente del Holocausto, dedicó su vida a que nadie olvide lo que pasó con los judíos. En uno de sus escritos dice así:

En aquellos tiempos, había oscuridad por todas partes. En el cielo y en la tierra, parecía que todas las puertas de la compasión se habían cerrado. El asesino asesinaba y los judíos morían y el mundo exterior adoptó una actitud o de complicidad o de indiferencia. Solamente unos pocos tuvieron el coraje de involucrarse [...].

Hay una tradición en el Talmud que dice que cada generación debe incluir al menos treinta y seis justos para que el mundo siga existiendo. En el Memorial de Yad Vashem se recogen los nombres de once mil «justos», personas que, en esa generación que vivió el Holocausto, se jugaron la vida para salvar las de otros. Pero incluso la propia Irena Sendler comentó que sentía que podía haber hecho más y que eso es algo que había lamentado toda la vida, que la había martirizado siempre. Sin embargo, también dice

el Talmud que quien salva una vida salva a la humanidad. Y eso es algo que Irena Sendler hizo dos mil quinientas veces. [🔗](#)



Para leer más

JONES, M., «The smuggler. Irena Sendler», *The New York Times*, 24 de diciembre de 2008.



Cruzando los cielos: Amelia Earhart

Cuando Amelia Earhart era niña comenzó a coleccionar noticias del periódico que mencionasen el éxito de una mujer en cualquiera de los campos considerados tradicionalmente propios de los hombres. Entre ellos, dirección de películas, producción cinematográfica, defensa de acusados en los tribunales, potentes campañas de publicidad, gestión empresarial o ingeniería mecánica. Algo después, exactamente con diez años, vio por primera vez un artilugio de aspecto no muy atractivo. Según lo definió, era «una cosa hecha de cables oxidados y madera, nada interesante». Era un avión.

El segundo contacto de Amelia con los aviones no fue mucho más alentador. Durante la Primera Guerra Mundial, tras graduarse en la High School de Hyde Park, en Chicago, colaboró con su hermana en atender a los soldados heridos en combate en un hospital de Toronto, Canadá. Muchos de ellos eran aviadores que habían sido derribados por los alemanes sobre los campos de Europa y habían sido trasladados en barco desde Inglaterra para una larga rehabilitación. Posiblemente, a raíz de ese contacto y de la amistad que fue desarrollando con aquellos pilotos, Earhart recibió una invitación para visitar un campo de la RAF —Royal Air Force—. Allí fue donde, según sus palabras, «Me picó el gusanillo de la aviación».

A finales de la contienda, en 1918, un aviador extraviado en una tormenta de nieve aterrizó cerca de su casa. Amelia se acercó al aparato en el momento en que el piloto reemprendía el vuelo y la nieve levantada por la hélice le cayó encima dejándola «helada y entusiasmada». Para disculparse,

el piloto le ofreció un paseo aéreo que generó en ella una pasión intensa por aquellos cacharros con alas. Amelia anunció a su madre, acostumbrada a oír toda clase de planes entusiastas y dramáticos: «Volaré o moriré».

En 1920, con veintitrés años, visitó una feria en Long Beach, donde se hacían exhibiciones de vuelo. Un piloto vio a Amelia y una amiga miraban los aviones desde un descampado y realizó un picado sobre ellas. Años después comentó: «Estoy segura de que el piloto se dijo a sí mismo: "Vas a ver cómo las hago tirarse al suelo o salir corriendo"». Cuando el aire del avión las golpeó en la cara, sintió que algo se despertaba en su interior: «No lo entendí en ese momento, pero creo que ese avioncito rojo me dijo algo cuando me pasó rozando». Esa fuerte atracción por el mundo de los aviones se vio definitivamente confirmada cuando, el 28 de diciembre de ese mismo año, Frank Hawks, uno de esos pilotos desmovilizados tras la guerra que se ganaban la vida con bautizos aéreos y acrobacias en las ferias de pueblo, la invitó a dar una vuelta en su biplano y a volar sobre los alrededores; llegaron, sin embargo, hasta Los Ángeles. Cuando Amelia comentó, años más tarde, esa experiencia, declaró: «Tan pronto como despegamos unos metros del suelo, supe que seguiría volando siempre». Seis días más tarde, el 3 de enero de 1921, tomaba su primera lección de vuelo.

Esbelta, con un pelo muy corto y ojos de un color gris azulado, Amelia Earhart no estaba por los convencionalismos. Su lema era «Atrévete a vivir». De niña trepaba a los árboles, se tiraba en tromba en su trineo o cazaba ratas con un pequeño rifle. Su familia disfrutaba de una buena situación económica, pues su abuelo era un juez prestigioso que había hecho fortuna. Sin embargo, la relación del juez con su yerno, el padre de Amelia, fue siempre difícil, ya que lo consideraba un pusilánime, incapaz de proporcionar a su familia lo que esta merecía. El padre optó por mudarse a otra ciudad y, finalmente, se convirtió en un alcohólico, lo que confirmó las sospechas de su suegro y generó el consiguiente daño a su familia. Afortunadamente, el carácter de Amelia no fue minado por aquellas dificultades y salió de ellas fortalecida y resuelta. Si había decidido volar, volaría.

A los seis meses de su primera lección de vuelo, sumando sus ahorros y la ayuda de su madre, reunió el suficiente dinero para comprarse su primer avión: un Kinner Airster de segunda mano, un biplano amarillo con dos asientos al que bautizó como «el canario». Con él consiguió su primer

récord: ser la primera mujer en alcanzar una altitud de catorce mil pies —4267 metros—. Pocos días antes, había hecho un aterrizaje desastroso en un campo de coles.

Una tarde de abril de 1928, mientras estaba trabajando en su oficina, recibió una llamada. A la persona que le pasaba el teléfono le dijo: «Estoy demasiado ocupada para contestar ahora». Cuando le comunicaron que era importante, pensó que se trataba de alguna broma. Finalmente, tras coger el teléfono, una voz le preguntó: «¿Le gustaría ser la primera mujer que cruzase el Atlántico?». La respuesta de Amelia fue corta e instantánea: «Sí».

Aunque hoy nos resulte difícil hacernos a la idea, lo que le proponían no era ni tan sencillo ni de respuesta tan evidente. Tres mujeres habían muerto ese año intentando lograr ese objetivo: ser la primera en atravesar el Atlántico en avión. Otra mujer, Amy Guest, una aristócrata que se había comprado un Fokker F.VII, había perseguido el mismo objetivo, pero su familia la había obligado a desistir. Antes de aceptar su derrota, ella había puesto una condición: el siguiente piloto que cruzase el Atlántico debía llevar con él «una hija de América». Atados por esta promesa, los familiares de Guest contrataron a un editor y publicista, George Palmer Putnam, para que buscara a una buena candidata que permitiera rentabilizar el proyecto y la inversión realizada en el avión. Finalmente, tras una entrevista en Nueva York, Amelia Earhart fue la elegida y se unió al grupo formado por el piloto Wilmer «Bill» Stultz y el copiloto y mecánico Louis E. «Slim» Gordon. Viajarían en el Fokker de Amy Guest, bautizado «Amistad».

Despegaron el 17 de junio de 1928 del aeropuerto de Trepassey, en Terranova, y llegaron a Burry Port, en Gales, veinte horas y cuarenta minutos más tarde, aunque su supuesto destino era Irlanda. Cuando los tres aviadores volvieron a Estados Unidos tras su hazaña, se los recibió con un desfile con confeti a lo largo de las calles de Nueva York y una recepción en la Casa Blanca por el presidente Calvin Coolidge. Amelia, honesta, dijo que todo el trabajo lo habían hecho Stultz y Gordon, y que a ella la habían llevado «como un saco de patatas», pero la prensa se volcó en ella, llamándola Lady Lindy, por su parecido físico con Lindbergh, el primer piloto que cruzó el Atlántico.

A partir de ahí, toda su vida se polarizó en torno a la aviación, participando en concursos y competiciones. Con George Putnam siguió

«Las mujeres deben intentar hacer cosas al igual que los hombres lo han intentado. Cuando ellas fallen, su fracaso será un reto para otras».



cultivando una relación que terminó en boda, aunque ella se refería a su matrimonio como un consorcio con «doble mando de pilotaje». Antes de casarse cerró un trato con Putnam, inusual en una época donde la mujer estaba relegada a las órdenes del marido: «Me dejarás marchar en un año si no somos felices juntos. Intentaré dar lo mejor de mí misma en todos los aspectos».

Junto con Putnam preparó un vuelo en solitario a través del Atlántico que la convertiría en la segunda persona en lograrlo, tras Lindbergh, y la primera mujer. El 20 de mayo de 1932, cinco años después de la hazaña de Lindbergh, despegó de Terranova hacia París. Sin embargo, unos fuertes vientos del norte, unas condiciones climáticas gélidas y distintos problemas mecánicos la obligaron a aterrizar catorce horas y cincuenta y cuatro minutos más tarde en Irlanda, en una pradera cerca de Londonderry, «después de asustar a todas las vacas del vecindario». Cuando la noticia de su hazaña llegó a las redacciones de los periódicos, el titular de la prensa mundial fue «Una mujer lo ha conseguido».

Tras su hazaña, Amelia fue asediada con peticiones de entrevistas tanto en Estados Unidos como en Europa. El presidente Herbert Hoover le impuso la medalla de oro de la National Geographical Society y el Congreso le concedió la Cruz de Vuelo Distinguido, una condecoración que se otorgaba por primera vez a una mujer. En la ceremonia de entrega, el vicepresidente Charles Curtis elogió su valentía, e indicó que había mostrado un «coraje heroico y su habilidad para la navegación aun con riesgo de su vida». Earhart dijo que su hazaña demostraba que los hombres y las mujeres eran iguales en «trabajos que requieran inteligencia, coordinación, rapidez, sangre fría y fuerza de voluntad».

En los siguientes años, Earhart continuó rompiendo récords. El 24 de agosto de 1932 cruzó Estados Unidos desde Los Ángeles hasta Nueva York. Estableció un techo de altitud para los autogiros a cinco mil seiscientos metros que se mantuvo durante años. El 11 de enero de 1935 fue la primera persona que cruzó en solitario el trayecto desde Hawái hasta California. Sus socios habían querido suspender el vuelo porque la situación política en Hawái era muy inestable y los habían presionado para que desistieran, pero ella contestó: «Amenaza o no, me voy igualmente». Congelada de frío en el vuelo de 3875 kilómetros de distancia sobre el agua, echó mano de un termo con chocolate caliente y comentó al llegar a tierra: «Ha sido la

taza de chocolate más interesante de mi vida, sentada a dos mil quinientos metros de altitud, totalmente sola sobre el océano Pacífico». Más tarde, ese último año, fue la primera persona en volar de México D. F. a Newark, cerca de Nueva York. Allí la esperaba una gran multitud que corrió hacia el avión de Earhart nada más aterrizar. Según sus palabras:

Fui rescatada del avión por unos policías de voz aguardentosa. En la melé que se formó, uno tomó posesión de mi brazo derecho y otro de mi pierna izquierda. Me llevaron hacia un coche patrulla, pero decidieron seguir rutas diferentes. El del brazo tiró en una dirección mientras que el que me agarraba la pierna eligió otro camino. El resultado fue que pude saborear, como víctima, el potro de tortura mientras pensaba: «Es tan maravilloso estar de vuelta en casa».

A punto de cumplir los cuarenta, Earhart pensó que estaba preparada para un reto impactante, para el broche final a su carrera de éxitos: ser la primera aviadora en completar la vuelta al mundo. En marzo de 1937 hizo un primer intento, que terminó mal, con un aterrizaje forzoso que dañó gravemente el avión. Inmediatamente, tan resuelta y decidida como era habitual en ella, hizo que reparasen el Lockheed modelo Electra 10E. Sin que quedase claro si se refería al avión o a ella misma, declaró: «Creo que solo nos queda un buen vuelo y espero que sea este». Comentaba estar ya harta de esos «malabarismos de largas distancias». El 1 de junio, Earhart y su navegante, Fred Noonan, partían de Oakland a Miami, comenzando un viaje de cuarenta y seis mil kilómetros. De Miami volaron a Puerto Rico. De allí bordearon la costa sudamericana hasta Natal, y cruzaron el Atlántico hacia Dakar. Atravesaron África y el golfo de Adén y llegaron a Arabia; remontaron hasta Karachi y Calcuta, y modificaron la ruta hacia Rangún, Bangkok, Singapur y Bandung hasta llegar a Darwin, en Australia. El 29 de junio aterrizaban en Lae, en Nueva Guinea. «Solo» les quedaban once mil kilómetros. Noonan, un magnífico navegante, había encontrado muchas dificultades en los trayectos realizados hasta ese momento porque los mapas de que disponían no se correspondían con la realidad. Pero el siguiente salto era el más difícil. Tenían que llegar hasta la isla de Howland, una mancha perdida en el Pacífico, un islote coralino de tan solo tres kilómetros de longitud y ochocientos metros de ancho,

situado a 4116 kilómetros de distancia del aeropuerto de salida. Desde allí, la siguiente escala sería Hawái, una distancia mucho más corta y mucho más fácil de situar, y de ahí hasta California, un trayecto que ya habían hecho. La isla de Howland, su primera escala, estaba normalmente deshabitada, pero la Marina estadounidense envió un guardacostas, el Itasca, y arregló la pista de aterrizaje que había en la isla para ese vuelo.

Earhart y Noonan prescindieron de todo el peso que pudieron del interior del avión para poder llevar con ellos unos litros más de gasolina. Consiguieron así cuatrocientos cuarenta kilómetros más de margen. El Gobierno estadounidense, comprometido con esa hazaña que le daba la primacía en un sector tan interesante comercial y militarmente como la aviación, ordenó que el Itasca estuviera en contacto permanente con el Fokker y que dos buques de la Armada, el Ontario y el Swan, se situaran a mitad de camino con todas las luces encendidas para intentar servirles de referencia de paso. Earhart dijo: «La isla de Howland es un punto tan pequeño en el Pacífico que cualquier ayuda para localizarla es necesaria».

A las diez de la mañana del 2 de julio, hora local, el Fokker despegó. A pesar de que las predicciones meteorológicas eran favorables, pronto comenzaron a volar sobre cielos encapotados y con chubascos ocasionales. El mayor problema es que estas condiciones climatológicas dificultaban seriamente la principal herramienta de Noonan para orientarse: la navegación celeste, que le permitía controlar los desvíos de su ruta utilizando como referencia la posición del sol y las estrellas. Además, las radios del avión, de los barcos y de las estaciones en tierra utilizaban frecuencias distintas, un error del que no se habían percatado. También hubo otros fallos: Amelia había indicado que se guiarían por la hora de Greenwich, pero el Itasca funcionaba con la hora local. Cuando empezó a anochecer, Earhart mandó un mensaje al Itasca en el que informaba del estado del cielo, «nuboso, tiempo nuboso». En otras transmisiones, Earhart pidió al Itasca que la contactara por radio para intentar usar la fuerza de las señales como referencia. El barco guardacostas empezó a transmitir mensaje tras mensaje, pero ella no conseguía oírlos. Sus propias transmisiones, irregulares durante la mayor parte del viaje, se perdían o se llenaban de ruidos de estática. A las 7:42 de la mañana, el Itasca recibió este mensaje: «Debemos estar encima de vosotros, pero no conseguimos veros. Nos estamos quedando sin combustible. No conseguimos contactaros por ra-

dio. Estamos volando a trescientos metros de altura». El barco respondió, pero según parece el avión siguió sin oír sus llamadas por radio. A las 8:45 Earhart mandó un mensaje: «Estamos moviéndonos hacia el norte y hacia el sur». Hay que imaginar la desesperación de los dos aviadores intentando localizar la isla o el barco, y viendo cómo se acababan los últimos litros de gasolina del depósito. Fue su último mensaje. Nunca más se supo de ellos.

Inmediatamente, se puso en marcha un potente dispositivo de búsqueda y rescate. Se considera el mayor intento de salvamento de un avión perdido en el mar de la historia naval. Estuvieron diecisiete días buscando, usando todos los barcos y aviones disponibles en la zona, gastando más de cuatro millones de dólares, lo que era una gigantesca fortuna en la época, y explorando seiscientos cincuenta mil kilómetros cuadrados en el océano, una superficie mayor que la de España, para tratar de localizar los restos del avión o a unos posibles supervivientes. Finalmente, el Gobierno norteamericano no tuvo más remedio que cancelar la búsqueda. En 1938 se construyó un faro en Howland Island con el nombre de Amelia Earhart. De algún modo era como si esa torre estuviera marcando ese lugar sobre el mar, llamando a Earhart y a Noonan, guiándolos a casa.

Se ha dicho que Amelia Earhart, durante su último viaje, podía estar llevando a cabo una misión de espionaje para las Fuerzas Armadas norteamericanas que consistía en fotografiar islotes del Pacífico capaces de albergar guarniciones japonesas. Al parecer, el ejército había sustituido los motores del Electra por unos más potentes y había instalado dos cámaras fotográficas en el bimotor durante su estancia en Darwin, todo lo cual podría apoyar esta teoría del espionaje. También se ha sugerido que Earhart y su tripulante podrían haber sido capturados por los japoneses, y haber fallecido por enfermedad durante el cautiverio o haber sido ejecutados, ya que eran unos testigos demasiado peligrosos, por lo que podían haber visto y por su fama internacional. En 2012 se encontraron en el islote de Nikumaroro, no lejos de la ruta que debían seguir los pilotos, unos restos de productos de belleza americanos de los años treinta. Algunos han pensado que podían haber pertenecido a Earhart, pues entre otras cosas había una crema contra las pecas, una conocida obsesión de ella. Se puso en marcha una búsqueda del avión en los arrecifes alrededor de la isla. Quizá algún día sepamos la respuesta a este enigma.

Se conserva una carta de Amelia a su marido, escrita para que se abriera en caso de que algún vuelo fuese el último. Dice así:

Por favor, que sepas que soy plenamente consciente de los riesgos. Quiero hacerlo porque quiero hacerlo. Las mujeres deben intentar hacer cosas al igual que los hombres lo han intentado. Cuando ellas fallen, su fracaso será un reto para otras.

Así fue. 



Para leer más

GAST, P., «DNA tests on bone fragment inconclusive in Amelia Earhart search», *CNN*, 4 de marzo de 2011.

GOLDSTEIN, D. M., y DILLON, K. V., *Amelia: The Centennial Biography of an Aviation Pioneer*, Washington, D. C., Brassey's, 1997.

MARCK, B., *Ellas conquistaron el cielo. 100 mujeres que escribieron la historia de la aviación y del espacio*, Barcelona, Editorial Blume, 2009, pp. 124-133.

Página oficial de Amelia Earhart: www.ameliaearhart.com